

Identidad de la cultura urbano-industrial y sus tendencias

Mons. Antonio Do Carmo Cheuiche, o.c.d.
Obispo auxiliar de Porto Alegre

I En busca de la identidad del fenómeno de la urbanización

1. El fenómeno de la urbanización y la futura cultura

Afirma Puebla que "en el pasaje de la cultura agraria para la urbano-industrial, la ciudad se transforma en propulsora de la nueva civilización universal"¹. De hecho, la gran ciudad moderna, además de concentrar al máximo un variado repertorio de posibilidades, de realización del hombre, refleja también un semblante psicológico que coincide con los trazos esenciales de la psicología de la cultura actualmente dominante. Por eso mismo, cualquier tentativa que se proponga estudiar, en el presente, las líneas que deberán configurar, en el futuro, las formas de la cultura advenediza, debe incluir la reflexión sobre la identidad del fenómeno de la urbanización y sus macro-tendencias. Haciendo alusión a esa dimensión prospectiva de la cultura urbana, que sucede por el carácter dinámico del proceso de urbanización; el documento de Puebla señala también "la necesidad de trazar criterios o caminos, basados en la experiencia y en la imaginación, para una pastoral de la ciudad, donde se encuentran en gestación los nuevos modos de cultura"². "Pasaje físico y horizonte mental", como la definía Labasse, la ciudad moderna representa el lugar donde nace, se desenvuelve, y en el cual se expande, el nuevo estilo de vida planetario". Por su contenido dinámico, todavía inconcluso, el fenómeno de urbanización tiene condiciones de colaborar para el descubrimiento del hilo conductor, que desdoblándose, puede anticipar las posibles configuraciones de la cultura advenida. A esto se le suma el hecho de ser el fenómeno de urbanización un verdadero proceso y, como tal, no constituye un momento

¹ DP 423.

² DP 421.

definido, no sucede de una vez por todas; él no es más que el efecto directo y automático de variables aisladas, como por ejemplo, la industrialización y el crecimiento demográfico. Aún considerado en su aspecto de proceso, no resuelve el problema, el intento de Lewis Mumford al querer interpretar la urbanización como un fenómeno cíclico, eterno retorno, inspirado en la teoría de los "cursos y recursos" de Vico³, y las propias metrópolis de los países comunistas se encargan de refutar la teoría marxista que atribuye las relaciones de producción del sistema capitalista al fenómeno de urbanización.

Los autores de la historia de la urbanización acostumbran dividir la vida de las ciudades, a lo largo de su trayectoria, en dos períodos: la ciudad pre-industrial y la ciudad post-industrial. Aunque vaga, sin carecer entretanto de significación universal y de valor didáctico, el período pre-industrial de la historia urbana, con más de diez milenios de existencia, abarca los más variados tipos de ciudad. Expresión de diferentes formas de convivencia aglomerada y compacta, ellas ofrecen un común denominador al cual, en último análisis, ellas pueden reducirse. El criterio que dirige entonces la construcción de la ciudad se apoya en motivos espontáneamente humanos, que configuran la ciudad clásica, la ciudad oriental, la ciudad medieval, la ciudad barroca, la ciudad colonial latinoamericana, etc. En su evolución, las ciudades crecen sin solución de continuidad histórica, superponiendo estratificaciones culturales, conservando todos los vestigios del pasado, a los cuales, por otra parte, nadie pensaba destruir. La ciudad aparece como archivo de la historia⁴. Esto ya no sucede con la ciudad post-industrial. Del crecimiento anárquico al principio, ya al final del primer cuarto de este siglo, la ciudad post-industrial presenta características propias; a partir de entonces, ya bajo la dirección de la técnica moderna que aplica a la construcción del habitat urbano válidas conquistas de las ciencias naturales, se inicia la planificación de la ciudad, los planos directores, a través de los cuales la memoria del pasado es reemplazada por la proyección del futuro. Desde entonces, a partir del futuro es que la ciudad moderna comienza a ser pensada, proyectada y ejecutada⁵. Es así como conforme al decir de Topfler, la Segunda Onda no agotó sus energías y su proceso continúa⁶, con grandes promesas de futuro.

Si, por un lado, la estructura urbana moderna nos arroja en dirección al futuro, desde el cual la ciudad es proyectada; por otro lado, la propia índole del proceso de urbanización exige interrogar al porvenir en cuanto

³ MUMFORD, Lewis, *La cité a travers l'histoire*, Paris, Seuil, 201.

⁴ CHUECA GOITIA, Fernando, *Breve historia del urbanismo*, Madrid, Alianza, 1979, 42.

⁵ BERRY, Brian J.L., *Consecuencias humanas de la urbanización*, Madrid, Pirámide, 1975, 42.

⁶ TOPFLER, Alvin, *A terceira onda*, Río de Janeiro, Record, 27.

forma de futura cultura. El término de urbanización —nuevo en los diccionarios y de reciente vigencia como categoría mental— revela un proceso inédito, dinámico y todavía inconcluso, cuyo interés aumenta de día en día. Para caracterizarlo, los estudiosos continúan apelando al método comparativo, y al elaborar una tipología urbana, no encuentran otro camino más que el de contraste con el tipo rural⁷. Ninguno de ellos, no obstante, alude a un posible proceso de ruralización. Las tendencias de incorporar la naturaleza a las estructuras urbanas, la necesidad manifiesta y reciente del hombre urbanizado de mayor contacto con las formas vivas de la naturaleza, significan apenas que el proceso de urbanización, además de no ser todavía ni total, ni completo, tiene la capacidad de rescatar los verdaderos valores de la cultura agraria e incorporarlos a sí misma. En la hipótesis de que todo fuese transformado en la ciudad, se podría hablar ciertamente de un mundo urbanizado, pero no tendría sentido aplicar el término urbanización a aquella realidad. Surgiría, tal vez, un término nuevo para significar una realidad cultural, que superaría el contraste, la oposición y el dualismo agrario-urbano.

2. Identificación del proceso de urbanización

Fenómeno rico en posibilidades de desarrollo, proceso en devenir, la urbanización es el resultado dinámico de la interacción de varios factores de alta potencia. Para poder identificar el proceso de urbanización es necesario señalar los elementos nuevos que lo caracterizan y, al mismo tiempo, lo distinguen de las anteriores estructuras de convivencia urbana que lo precedieron históricamente. Tres son las dimensiones de la ciudad moderna cuyo análisis puede proporcionar la identificación del proceso urbano en su globalidad: la dimensión morfológica, la dimensión funcional y la dimensión mental. Según Labasse, la ciudad es "un paisaje físico y un horizonte mental".

a) *La dimensión morfológica de la ciudad moderna*

Ya decía Platón que el filósofo debe ser al mismo tiempo un filólogo, por lo tanto el amante de la sabiduría, debe ser también amante de las palabras. Dos palabras eran empleadas en la lengua latina para expresar la realidad de los aglomerados de la convivencia compacta, sin ser sinónimos; con respecto al término *civitas*, designaba el conjunto de las ciudades libres, el cuerpo social, la ciudad políticamente considerada; la palabra *urbs* indicaba el espacio físico, el conjunto de las construcciones, con las costumbres y las tradiciones propias de aquellos que la habitaban. De acuerdo con su raíz etimológica, la primera percepción, el dato inmediato

⁷ PINILLOS, José Luis, *Psicopatología della vita urbana*, Assis, Cittadella, 1980, 73.

de la imagen de la urbanización es el de su paisaje físico, al que se refiere Labasse. Se trata de una palabra que evoca siempre la imagen del proceso de crecimiento del habitat urbano, de proporciones gigantescas, inéditas en la historia, que hoy presentan las ciudades en EE. UU., en Japón y en América Latina, con el aumento de la población urbana mundial en una proporción igualmente sin precedentes. Concentración urbana en ritmo de crecimiento acelerado, multiplicación de centros y barrios, calles, avenidas y plazas, donde todo puede ser medido y contabilizado automáticamente. Por eso, el estudio de los criterios en orden a determinar cuándo un conjunto de edificios se presenta suficientemente compacto, y qué distancia debe mediar entre ellos, para que puedan ser considerados como parte de una unidad urbana; por eso también, las tentativas de fijar, por número de habitantes, la clasificación de pequeña, media y gran ciudad. Al contrario de lo que sucedía, en general, en el período pre-industrial, el título y la realidad ciudadana obedecen a criterios de proporciones geográficas y densidad humana.

En el tiempo de la independencia de EE. UU., no había en aquel país ninguna ciudad con más de cincuenta mil habitantes; actualmente el 90% de la población americana vive en la ciudad. En el año de la revolución rusa, el 82% de la población era rural, hoy su población urbana supera el 56%. En América Latina, la ciudad de Méjico ya cuenta con 16 millones de habitantes; y en Brasil según los datos del último censo, presenta una población urbana de 82.013.375 habitantes en tanto permanecen todavía en el campo 39.137.198 habitantes; solamente en una década, el crecimiento urbano del país fue del orden del 57,4%, en tanto la población rural disminuyó en 4,7%⁸. De acuerdo con los datos del Departamento de Asuntos Sociales, de la Secretaría General de la OEA, de 1980, en Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Ecuador, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela, la población urbana ya representa más del 50% del total de habitantes, destacándose Uruguay con el 83,6%, Argentina con el 82,9%, Venezuela con el 78,8%, Chile con el 75,3%, México con el 69%, Colombia con el 66,7% de población urbana⁹.

b) *La dimensión funcional*

La multiplicación progresiva de funciones y actividades, que otorgan a la ciudad moderna características propias constituye otra perspectiva para identificar el proceso de urbanización. Aunque afirme Mumford que la diversidad de actividades señale el surgimiento de las primeras ciudades en el paleolítico, es, no obstante, en el período post-industrial de la historia de la ciudad que el fenómeno urbano se transforma en emporio de funciones y actividades, y cuyas perspectivas de aumento y mayor dosificación

⁸ Anuario do IBGE, 1981.

⁹ CASTELLS, Manuel, *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI, 63.

sen mayores todavía. Con el proceso de urbanización, las obligaciones y funciones, observan Tonies y Max Weber, que hasta entonces se encontraban definidas por la autoridad tradicional, por el status, pasan a ser reguladas por contratos. Más que del grupo natural el hombre urbanizado comienza a depender del grupo funcional, y las relaciones primarias basadas en la proximidad física, dan lugar a las relaciones secundarias y funcionales¹⁰. Las macroactividades de la ciudad moderna ya permiten distinguir los aglomerados urbanos secundarios de los aglomerados urbanos terciarios, a diferencia del sector primario del campo.

En la morfología de la ciudad moderna, al contrario de la ciudad pre-industrial, a cada función o actividad corresponde un espacio propio, definido —sector administrativo, sector comercial, sector industrial, sector residencial, campo universitario, sector deportivo etc.—. Del mismo modo, en contraste con el hombre de campo, que vivía confinado en el espacio cerrado de su comunidad agraria y por ella controlado, el hombre urbanizado es desafiado a vivir simultáneamente en una pluralidad de espacios, sin identificarse con casi ninguno de ellos. Si la división del trabajo, la organización del mismo, y la consecuente especialización transforman el espacio urbano en lugar de actividades diversificadas —funciones diferenciadas— a eso corresponde una variada caracterización de ambientes. Del esfuerzo de adaptar el espacio a la función surge el estilo funcional como característica de la arquitectura del proceso de urbanización.

c) *La dimensión mental*

Es en el horizonte mental de la ciudad donde se concentra toda la energía expansiva del proceso de urbanización, expansión ésa que yendo más allá de las fronteras visibles del espacio físico de la ciudad, comienza a configurar aquello que Henry Théry llama de urbanización de los espíritus. Verdadero desafío a los métodos de pastoral tradicional, la dimensión mental del proceso de urbanización revela el modo propio de ver, de ser, de actuar del hombre de la ciudad: su manera peculiar, dentro del contexto de la ciudad, de cultivar las relaciones con la naturaleza, con las otras personas y con Dios y sus modalidades de participación social. En la dimensión mental del proceso de urbanización se ubica al estilo propio de la vida de la ciudad, los valores que la animan y los desvalores, que la debilitan. La dimensión mental en último análisis, ofrece clara, la visión de la cultura urbana.

d. *La ciudad como hecho cultural y la urbanización como proceso de transculturación*

Si la ciudad representa una de las más trascendentales creaciones de la cultura, como obra del hombre, espacio de múltiples posibilidades de

¹⁰ BERRY, Brian J. L., o. c., 35.

autorrealización personal, el proceso de urbanización posibilita rápidas y profundas transformaciones que, a su vez, determinan y aseguran, en su función pedagógica, la permanencia de aquellos valores. Se trata del acelerado proceso de transculturación. Como fragua de la nueva cultura, de la cultura urbana, el proceso de urbanización abarca todas las conquistas de la ciencia y de la técnica moderna, hace suyo el progreso de las ciencias naturales y de las ciencias humanas, ocupando un espacio físico, funcional y económico. La racionalización, la industrialización, los medios modernos de comunicación social, la socialización pueden ser considerados como fenómenos de la urbanización en sus variados aspectos. ¿Qué sería de ellos sin la urbanización y viceversa?

II El horizonte mental del proceso de urbanización

El proceso de urbanización, tal como lo entendemos hoy, tiene como factor condicionante inmediato la revolución industrial, de la cual arranca históricamente, para dirigirse, inmediatamente después, al encuentro del problema del crecimiento demográfico. Por lo tanto la segunda ola, a la que se refiere Topfler, se debe en primera instancia, no sólo al crecimiento inédito del nuevo tipo de aglomeración urbana, sino también al hecho de transformarse en sede y motor de la nueva cultura. A través de la revolución industrial, el paisaje urbano se transforma en nuevo espacio económico, centro de gravitación social y política; al abrir entonces el abanico, hasta hoy desconocido, de posibilidades funcionales, el efecto del proceso resultante se transforma en horizonte mental, cuya influencia es aún mayor que las dimensiones físicas y la densidad demográfica de las grandes metrópolis.

Pero, a fin de cuentas, ¿en qué consiste la esencia del proceso de urbanización? ¿Cuál es el espíritu que en él palpita? ¿Cuál es la "idea energía" —para emplear una expresión tan cara a la concepción cultural de Spengler— capaz de determinar la nueva forma de ver, de ser y de actuar del hombre urbanizado? ¿Cuál es el valor fundamental que comanda el proceso, fraguando el nuevo estilo universal de la vida?

1. Razón, racionalismo, racionalización

La razón, el "logos" griego, en su calidad de instrumento de conocimiento, es incorporado a la cultura europea y figura en ella como una de las más notables contribuciones del pensamiento helénico. Sin embargo, cuando Descartes, además de recorrer en ella el órgano de conocimiento, le reivindica la condición de norma de vida, queda abierto el camino para que, con el correr del tiempo, la razón se afirme como fuerza independiente y absoluta, único instrumento válido de conocimiento. El pensamiento racional, con su enorme poder de conceptualización y su capacidad de

disecar analíticamente los fenómenos, se transforma en camino real de la verdad y única norma orientadora del hombre frente a la vida y el mundo. En el fondo del racionalismo, contemporáneo de la revolución industrial y presente, por lo tanto, en la raíz misma del proceso de urbanización, se observa una firme voluntad de dominar el mundo mediante la razón y, a través de ella, organizar la vida de la humanidad. En esto consiste propiamente la racionalización. Esta actitud de racionalismo va a inaugurar una nueva etapa cultural. A partir de entonces, la racionalización asume la tarea, no sólo de conquistar la imagen del mundo que se refleja en la conciencia humana, sino también de determinar el comportamiento del hombre frente al mundo. En síntesis, la racionalización se constituye en idea-energía cultural, capaz de configurar la nueva imagen del mundo, el nuevo "ethos", el nuevo estilo de vida de la cultura urbano-industrial.

2. Imagen del mundo y estilo de vida

En la visión racionalizada del universo, la nueva imagen del mundo se desentiende del componente de las grandes instituciones originales, de los golpes de vista sintéticos, de las relaciones simbólicas y de la preocupación metafísica. En ella se observa una renuncia del milenarismo filosófico de llegar al conocimiento de las cosas en sí, para limitarlo al descubrimiento de las relaciones funcionales que condicionan el comportamiento de las mismas. De esta manera, el modo peculiar de cultivar las relaciones del hombre con la realidad circundante, se orienta desde el comienzo, a la conquista de esa misma realidad. Todo es reducido a conceptos, relaciones funcionales y leyes científicas, cuyo conocimiento posibilita al hombre los medios técnicos para instalarse en el mundo de forma calculada, y disponer de él de acuerdo con las exigencias más inmediatas para hacer la vida más humana. La imagen del mundo aparece como un campo inagotablemente disponible para fines de utilidad. En orden a esa aventura cultural, sin precedentes en la historia de la humanidad, se inventa el aparato, ese sistema de relaciones funcionales, cuya acción obedece a un plan de conjunto, cuyos resultados pueden calcularse de antemano y posteriormente ser evaluados. El aparato, del cual la máquina es el prototipo, puede, sin embargo, revestir variadas formas, ya sea política, económica, estatal, militar, etc. Inspirado en los criterios de la racionalización el aparato es usado para dominar el mundo, satisfacer las necesidades de la vida o intereses individuales. Hay casos en que se llega a organizar la vida "bajo la dictadura del aparato", como escribe Jaspers¹¹.

El estilo de vida que se organiza a partir de esa imagen del mundo, continúa en un mismo plano, fuertes contrastes de sombra y de luz. Uno de los valores que de ella emergen consiste en el valor de la acción, del

¹¹ JASPERS, Karl, *A situação espiritual do nosso tempo*, Lisboa, Moraes, 1968, 55.

“hacer”, del trabajo, en el proceso de la cultura, pues haciendo, el *hombre* se hace a sí mismo, realizando, se realiza a sí mismo. De una visión estática se evoluciona a una visión dinámica de la cultura, lo que no significa desvalorización de la contemplación. Por el contrario, toda acción exige contemplación. Sin embargo, en la práctica, el hombre urbanizado se revela como tipo extrovertido, vuelto hacia afuera, bajo la amenaza de perder su espacio exterior, como lo califica Marcuse¹². Inspirado en la razón práctica, ve mucho más allá de las necesidades inmediatas de la existencia material y de las exigencias de confort. De esta manera, en el contexto de la cultura urbano industrial, emerge la llamada sociedad de consumo. Se trata del propio aparato de la producción industrial, manejado con criterios efímeros y fines lucrativos. Complejo y complicado el aparato es un círculo vicioso: exponer el producto, hacer su publicidad, crear las condiciones para que sea adquirido, venderlo, para así continuar produciendo, cosas, ideas, arte. Nada consigue librarse del rol compresor de la sociedad de consumo. A la experiencia permanente de lo efímero, que acaba por erigirse en criterio de valorización y hasta de compromiso, se suma esta consecuencia de la mentalidad consumista: identificar la felicidad con el bienestar y el confort; consecuencia de enormes repercusiones en la propia sensibilidad religiosa. Se consume amor y hasta religión, como cualquier otro objeto. Detrás de imágenes y slogans que la publicidad pone al servicio de la sociedad de consumo, se esconde un ideal de vida, consecuencia de tres valores que, al ser absolutizados, aparecen como los nuevos ídolos del consumismo: el “tener”, el “poder” y el “placer”. El ideal de vida es tener más, para poder más, a fin de gozar más¹³.

3. Racionalización y mediatización de la realidad

En su decisión de dominar, la racionalización acaba imponiendo a la cultura urbano-industrial un ethos de valores útiles, de valores de fin, sin ni siquiera aludir a los valores de sentido. En esto radica precisamente la crítica que grandes pensadores opusieron a la cultura urbano-industrial, en su primera etapa. Spengler se refiere a un racionalismo que se encarna en la soberbia del “espíritu urbano” y transforma al habitante de la ciudad en nómada intelectual y apátrida integral¹⁴. Según Ortega y Gasset, en la medida en que el aparato conceptual aumenta su poder, se empobrece el mundo de las ideas, pues el concepto nada nos puede decir de las cosas en sí: se limita a indicarnos lo que podemos hacer con ellos¹⁵. Hammacher afirma que la frialdad del pensamiento conceptual aniquila al gran “pa-

¹² MARCUSE, Herbert, *Ideología da sociedade industria*, Río de Janeiro, Zahar, 1967, c. II.

¹³ DP 491.

¹⁴ SPENGLER, O., *Die Jahre der Entscheidung*, 1933, 5.

¹⁵ ORTEGA Y GASSET, José, *La rebelión de las masas*.

thòs", los sentimientos fundamentales, sin los cuales es imposible empresa cultural alguna¹⁶. Contra esa mediatización del mundo, embiste el primer pensador que se refirió a la conciencia de la crisis de la cultura occidental, "todo —escribe Rathenau— se convierte en medio, las cosas, la naturaleza, los hombres, Dios, y todo aparece como un espectro... es el fin"¹⁷.

La impresión final de Rathenau coincide exactamente con el sentimiento general que invade el espíritu de los feudos de la cultura romana en el siglo V¹⁸. La Roma invencible, el eje de la historia, el edificio inexpugnable en el decir de Tácito, "pues quien intentara derrumbarlo caería deshecho bajo su peso"¹⁹, había sido invadida y parcialmente destruida por el bárbaro Alarico. San Jerónimo lamenta la desgracia y San Agustín, el último ciudadano romano y el primer hombre moderno (como lo define Brécher) lamenta la causa de la tragedia. Sin embargo reacciona de acuerdo a su genio, a su temperamento y a su fe: el fin de Roma no es el fin de la historia, sino el fin de un período de la historia. Dos años después del triste acontecimiento, el obispo de Hipona da comienzo a su "De Civitate Dei". En vez de lamentar las ruinas del pasado, comienza a pensar en los cimientos del futuro²⁰.

III Las relaciones fundamentales en la cultura urbano-industrial

Hoy se cuenta con una considerable bibliografía sobre la estructura geográfica y las relaciones sociales propias del fenómeno de urbanización. Sin embargo, hay poco material referente a la mentalidad urbana, a la urbanización de los espíritus, principalmente en lo concerniente a la manera peculiar con que el hombre urbanizado cultiva sus relaciones con la naturaleza, con las otras personas y con Dios. Y es precisamente aquí, donde se sitúa el horizonte mental del proceso de urbanización, es esto lo que confiere a la cultura urbana identidad propia. Si la cultura en general abarca esta triple relación, la característica de cada cultura histórica deviene de la modalidad como se manifiestan, de la talla de valores que inspiran y mantienen, del conjunto de expresiones y estructuras de convivencia que esos valores configuran, de forma dinámica. Si por un lado, los valores se encarnan en expresiones y estructuras, por el otro, éstas contribuyen a la permanencia de aquellos. A la relación causal de los valores para con las expresiones y estructuras corresponde la relación pedagógica de las expresiones y estructuras para con los valores.

¹⁶ HAMMACHER, E., *Hauptfragen der modernen Kultur*, 104, citado por Philipp LERSCH en *El hombre en la actualidad*, Gredos, 1958.

¹⁷ RATHENAU, W., *Von kommenden Dingen*, 48, citado por Philipp LERSCH, o.c.

¹⁸ DANIEL ROPS, *Historia da Igreja de Cristo*, II, Porto; Tavares Martins, 1960, 51.

¹⁹ TACITO, *Anales*, en *Obras Completas*, Aguilar, XII, 54.

²⁰ DANIEL ROPS, o.c., 52.

Múltiples dificultades se interponen en el trabajo de ecuacionar los datos de la cultura urbano-industrial. La complejidad del proceso que va haciendo la realidad, la multiplicidad de los factores que intervienen en ella, la vanidad en la interacción de sus componentes, son apenas algunos de los ejemplos. En ella se siente más el peso del control de expresiones y estructuras que imponen valores, que la acción de los valores concretizándose en expresiones y estructuras. En una interpretación cultural de la tesis lamarkiana, se puede afirmar que en ella son las funciones quienes crean nuevos órganos. En ella se observa un creciente divorcio entre los valores personales y las estructuras sociales. A todo esto se puede agregar el carácter ambiguo de la cultura urbano-industrial. Esto determina que el binomio concentración - dispersión reside en el corazón mismo de las estructuras urbanas y su trazado sirve tanto para abrir como para cerrar. En la ciudad, generalmente, el hombre no ve, se limita a andar y funcionar. De ella se puede decir lo mismo que Ortega y Gasset afirma de los árboles que forman el bosque: ¡qué pena que los edificios no dejen ver la ciudad! En la ciudad moderna existen valores que alejan al hombre de la naturaleza y de sus valores, principalmente a partir de la segunda etapa del proceso de urbanización.

Según Labasse, ella es simultáneamente posibilidad de liberación y riesgo de alienación, posibilidad de comunión afectiva y amenaza de soledad desencantada²¹. Ella se erige sede de estructuras de convivencia más humana y de la dimensión deshumana del pecado, como dice el Documento de Puebla²².

De hecho, no cabe pegarle a la cultura urbano-industrial una serie de valores positivos, que al cerrarse a la trascendencia son incompletos y se revelan muchas veces ineficaces. Ya hace algún tiempo el hombre se embarcó en la aventura cultural de construir por sí solo y solamente para sí, un mundo nuevo, cuyo pálido precedente, analizado por Marguerite Yourcenar, se da apenas en Roma, bajo el reinado de Adriano²³.

Albert Camus se dedica a retratarla a través de la metáfora de *La Peste*: "como Dios no cura la herida, ni alivia el dolor, no interesa la existencia o inexistencia de El: lo decisivo es entregarse a la construcción del mundo sin El, aunque esto exija el heroísmo de santo sin Dios. Así el antiteísmo pasa a caracterizar la cultura urbano-industrial. No se niega la existencia de Dios, pero se prescinde de ella en esta etapa cultural de humanización de la vida.

²¹ LABASSE, C., *Urbanisation et pastorale*, AA.VV., Paris, Fleurus, 1967, 61.

²² DP 429.

²³ YOURCENAR, Marguerite, *Mémoires d'Adrien*.

1. Relaciones con la naturaleza

En la cultura agraria imperaba una relación social del hombre con la naturaleza, la cual, por su parte, despertaba y alimentaba en él sentimientos de reverencia, de emoción artística y de asombro metafísico. Obra de Dios, en ella lo finito revela lo infinito. El lenguaje de la naturaleza se expresa por formas simbólicas; por eso las cosas son en sí, y al mismo tiempo, apuntan a algo que se encuentra más allá de ellas. De esta manera cada objeto natural es también metáfora, imagen de relación. La inmensidad del firmamento es símbolo de la trascendencia, y las criaturas marcan el paso de quién las revistió de su hermosura²⁴. Tal vez sea Goethe uno de los últimos hombres modernos que sintió aún la naturaleza como madre en cuyos brazos reposar; ella le ofrece el criterio con que distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo bello de lo feo²⁵. Guardini no cree que el hombre contemporáneo sea capaz de hacer suya la célebre página de Goethe, en el *Diario de Tiefert*²⁶.

Ocurre que el proceso de urbanización, ya en sus comienzos, merece una ruptura con la naturaleza. A partir de la racionalización, deja de verse la naturaleza en sí, pero su realidad es analizada y disecada, reducida a conceptos, relaciones funcionales, leyes científicas, materia prima que el hombre manipulea, aplica y transforma. Al liberar las energías naturales, se libera, por su parte de los ritmos de la naturaleza: se libera del ritmo natural invierno-verano por medio de los sistemas de calefacción y refrigeración; se libera del ritmo natural noche-día por los sistemas de iluminación eléctrica.

A los ritmos naturales se superponen los ritmos humanos, en los cuales la división del tiempo pasa a tener un sentido fundamental bien definido. A ese proceso acelerado de desacralización de la naturaleza, corresponde un proceso paralelo de exaltación del hombre. Hecho cultural, la ciudad moderna es la obra del hombre, ella carga las marcas de su inteligencia, la impronta de su decisión; es la prueba concreta de su valor. En ella se fragua un nuevo tipo cultural, el hombre urbanizado, que se opone al hombre de la cultura agraria: un tipo humano abierto, desenraizado, dinámico, de mentalidad técnico-científica, un tipo humano de relaciones secundarias, etc.

Se observa, finalmente, en la fase actual del proceso de urbanización un retorno a los valores de la naturaleza, a la necesidad de mayor contacto con ella, a la decisión de incorporarla a las estructuras urbanas. Si en el primer caso no hay ningún vestigio —y no podría ser lo contrario— de la

²⁴ CRUZ, San Juan de la, *Cántico espiritual*, 5

²⁵ GUARDINI, Romano, *El fin de los tiempos modernos*, Bs. As., Sur, 59.

²⁶ Id., *ibid.*, 39.

desacralización de la naturaleza, el segundo revela únicamente la tendencia de humanización de las formas naturales.

La manera peculiar con la que el hombre urbanizado cultiva sus relaciones con el espacio natural y el tiempo físico, contribuye también a la identificación de la cultura urbano-industrial, y puede ayudar a descubrir las tendencias que anticipan el futuro cultural y sus desafíos a la evangelización.

a) *En relación al espacio*

Hay en la cultura agraria, un profundo sentido del espacio sagrado, de los lugares donde la divinidad irrumpe, se manifiesta, habita y de donde convoca. Ellos están ocupados por templos que se transforman en puntos de orientación, lugares de peregrinación, ámbitos sagrados intocables, refugios inviolables. El pórtico del templo fija la frontera que separa el espacio sagrado del espacio profano y, según la opinión de Rudolf Schwertz, más que la solución al problema de estética formal, en las catedrales de la Edad Media, el pórtico también indica movimiento de afuera hacia adentro²⁷.

En la cultura agraria, la casa, el hogar, reviste también un sentido casi religioso. En la parte sur de Brasil, la palabra "querencia" significa el lugar donde alguien nació, donde tiene sus raíces, hacia donde es necesario volver, hacia el cual, según la leyenda, hasta el mismo animal vuelve la cabeza en la hora de la muerte.

Por el contrario, la ciudad, que opuestamente había sido creada para responder a la necesidad de vida sedentaria, de "lugar de reposo", pierde en su etapa moderna, todo sentido de espacio donde la comunidad celebra. Las modificaciones constantes que sufren las estructuras urbanas, el carácter efímero de las construcciones, la falta de contacto inmediato con el suelo, no contribuyen para identificar en el espacio urbano las raíces. La casa, afirma Le Corbusier, se asemeja a una máquina para habitar, de la cual el hombre se muda, como cambia de automóvil. En el espacio de la cultura urbano-industrial, sin raíces que puedan ir más hondo que los pies del hombre, comienza a imponerse la línea horizontal del movimiento, donde el ejercicio y la necesidad de movilidad conduce a un cierto culto del valor de la velocidad. "De la vacía velocidad, en la cual mutamos el tiempo y juzgamos el espacio", según la expresión de Ortega y Gasset²⁸. Sin embargo, esa velocidad sin rumbo, a la que se refiere el pensador español, parece finalmente orientarse hacia el espacio de las raíces humanas. Actualmente se valoriza más el paisaje, el barrio.

²⁷ SCHWARZ, Rudolf, *Von Bau der Kirche*, L. Schneider, 1947, 81.

²⁸ ORTEGA Y GASSET, José, o.c., 146.

Topfler cree que la tercera ola, que irrumpe ahora, al abrazar la playa, dará más condiciones para revalorizar la casa, el hogar, la familia.

b) *En relación al tiempo*

El valor sacro del tiempo dejó su impronta indeleble en la cultura agraria, aunque este carácter no se presente ni homogéneo ni continuo. Por el contrario, el tiempo sagrado se alterna con el profano. Los ciclos sagrados del tiempo actualizan periódicamente el tiempo primordial, el tiempo de los acontecimientos originales, el tiempo de la creación y el tiempo de la redención.

Actualmente, de acuerdo con el Vaticano II, "la humanidad vive una fase nueva de su historia, en la cual profundas y rápidas transformaciones se extienden progresivamente por toda la tierra... la mentalidad científica modela la cultura y los modos de pensar... mientras la técnica progresa tanto que transforma la faz de la tierra... sobre el tiempo extiende la inteligencia humana su dominio... el propio movimiento de la historia se torna tan rápido que los hombres difícilmente la pueden seguir"²⁹. La tendencia normal del hombre urbanizado frente al tiempo consiste en minimizar el pasado, que le es ofrecido, y supervalorar el futuro que él está construyendo. El descubrimiento del principio de la evolución, como explicación de la historia del pasado, al ser proyectada en el futuro se transforma en garantía del progreso indefinido, progreso que, en la primera etapa del proceso de urbanización, se pensó que, además de material, sería también moral y social. Lo nuevo pasó entonces a ser garantía de lo bueno y verdadero, criterio de valor y norma de comportamiento ético.

Hoy en día, nadie más cree en el progreso como ley mecánica de la historia o de la cultura, como proceso globalizante. Las dos últimas guerras contribuyeron para convencer a los hombres de su falta de fundamento histórico. Se discierne actualmente una manifiesta tendencia de los hombres de radicarse en el pasado, no en el sentido de retornar a él sino de buscar y encontrar en él sus raíces a fin de no perderse en el remolino de las transformaciones y poder asegurar así la continuidad en el futuro. La propia ciudad se muestra altamente preocupada en conservar su patrimonio histórico, en preservar los vestigios del pasado, los centros, los barrios antiguos, los monumentos.

2. Relaciones personales

En la cultura agraria predomina el tipo primario de relaciones interpersonales, en el sentido en que éstas se establecen y se mantienen a partir de los lazos del parentesco y de la proximidad física. Este contacto personal,

²⁹ GS 5.

concreto y permanente, funciona como control social y, por eso mismo, asegura la continuidad incuestionable de la cultura tradicional. Se heredan valores y costumbres con la tradición, es lo mismo que retornar al tiempo original, cuando todo era mejor. En el plano socio-político, impera el sentido casi sagrado de la autoridad.

La cultura urbano-industrial rompe con aquel tipo de relaciones interpersonales. La multiplicidad de contactos, la variedad de espacios funcionales, la riqueza de posibilidades que la ciudad moderna proporciona, el tipo abierto y pluralista de sociedad que ella presenta, la influencia de los medios modernos de comunicación social, todo contribuye para desarticular a la persona de su grupo natural y del control social que él ejerce; a las relaciones primarias suceden las relaciones secundarias o funcionales, donde ya no acontece que la herencia cultural y la propia fe religiosa es transmitida de padres a hijos. Se desenvuelve el espíritu crítico y se inaugura un sentido más democrático de las estructuras de convivencia humana.

Aunque las relaciones se hagan en forma anónima, entra en falencia el sentido cuasi-religioso de autoridad. Se afirma cada vez más el valor de la persona y de sus inalienables derechos, a pesar de todos los atentados de que son objeto. Guardini observa que a partir de 1930 el término "personalidad", en el sentido de élite social que se aplica a los notables, pierde su poder y cede lugar a la palabra "persona", cuya dignidad, independiente de cualquier condición, comienza a ser afirmada³⁰.

3. ¿Y las relaciones con Dios?

Las relaciones del hombre urbanizado con Dios, constituye el aspecto menos estudiado de la cultura urbano-industrial, sin embargo es el mayor desafío para la Evangelización, en el presente y en el futuro. En la sociedad urbanizada ya no se identifican como escribe Rahner, la conciencia eclesial con la conciencia pública y ésta, como conciencia profana se muestra más fuerte³¹. No se puede pensar, observa Puebla, que las formas esenciales de la conciencia religiosa estén exclusivamente relacionadas a la cultura agraria. Es falso pensar que la nueva civilización urbana significa ateísmo. En todo caso constituye un evidente desafío al condicionar la conciencia religiosa y la vida cristiana a las nuevas formas y estructuras³². Y agrega el mismo documento que "la Iglesia se encuentra frente al desafío de renovar su Evangelización para ayudar a los fieles a vivir su vida cristiana en el cuadro de los nuevos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea para la vida de santidad y para la acción y la contemplación,

³⁰ GUARDINI, Romano, o.c., 60.

³¹ RAHNER, Karl, *Dios y la ciudad*, AA.VV., Madrid, Cristiandad, 1975, 76.

³² DP 432.

para las relaciones entre los hombres que se tornan anónimas y arraigadas a lo meramente funcional”³³.

Frente al desafío que la cultura urbano-industrial significa para la Evangelización, conviene recordar que, aunque portadora de un mensaje transcultural y, por eso mismo, capaz de encarnarse en todas las culturas, la Iglesia sin embargo nace, se desenvuelve y se organiza en el seno de las culturas agrarias. Ella ya contaba con 18 siglos de existencia cuando comienza a aparecer la cultura urbana, propiamente dicha.

Pero como la historia de la Evangelización consiste, en síntesis, en la historia del encuentro o de los desencuentros del Evangelio con las culturas, el peligro actual parece consistir en querer continuar dando respuestas agrarias a problemas urbanos, y de esto sobran ejemplos.

Después del Vaticano II, ya no es posible la crítica cristiana contra la autonomía de la cultura, que el propio Concilio reconoce y afirma³⁴. Guardini está convencido de que una crítica de la cultura que se sitúa fuera de la propia cultura, aunque tenga razón, permanece históricamente ineficaz³⁵. El camino, vislumbrado proféticamente por Pablo VI y asumido por Juan Pablo II es el de la evangelización de la cultura actual. La presencia de los cristianos en la ciudad no es una situación adquirida³⁶ y posiciones que antiguamente parecían ajenas o incompatibles con la vida cristiana, deben ser hoy ocupadas por aquellos que, siendo Iglesia, permaneciendo fieles a Cristo, están comprometidos con la dimensión temporal del Reino de Dios. Y la dimensión temporal del Reino de Dios coincide con el espacio de la cultura, donde el cristiano debe actuar como levadura y elevar la masa de la historia.

³³ DP 431.

³⁴ GS 55.

³⁵ GUARDINI, Romano, o.c., 75.

³⁶ COMBLIN - CALVO, *Teología de la ciudad*, Estella, Verbo Divino, 80.